

Albert Sánchez Piñol

**VAE
VICTUS**

La Campana

Vae victus es una deformación de la locución latina *Vae victis*, «Ay de los vencidos». El autor se ha tomado esta licencia para evocar *Victus*, su gran novela sobre el sitio de Barcelona.

1.^a edición: noviembre de 2015

© Albert Sánchez Piñol, 2015

© Edicions La Campana

Avenir, 49, bajos, 08021 Barcelona

Tel.: 93 453 16 65 / Fax: 93 451 89 18

info@lacampanaeditorial.com

www.lacampanaeditorial.com

Diseño de la cubierta: Zink comunicació

ISBN: 978-84-16457-07-6

Depósito legal: B. 23.839 - 2015

Fotocomposició: EdiGestió (Barcelona)

Impreso en Romanyà/Valls. Capellades (Barcelona)

INTRODUCCIÓN	7
<i>Americanus</i>	11
<i>Hispaniensis</i>	281
<i>Magna parens</i>	393
<i>Australis</i>	455

INTRODUCCIÓN

Todos los expertos en la obra zuviriana coinciden en un punto: que Waltraud Spöring, la amanuense de Martí Zuviría, tendría que ser elevada a los altares de la santidad literaria dieciochesca.

Spöring no solo transcribió las más de seiscientas páginas de la epopeya catalana que se narra en *Victus*, sino que su fidelidad fue mucho más allá. En efecto, pese al agrio carácter de Zuviría, Waltraud Spöring continuó recogiendo el testimonio oral del expatriado catalán, de su larga vida, que se convirtió en un puente que cruzaba el proceloso siglo XVIII en su totalidad. Dada la avanzada edad de nuestro héroe y su tendencia a la dispersión, resulta casi increíble que Spöring consiguiera agrupar su catarata verbal en relatos más o menos compactos.

El legado zuviriano (o quizás habría que decir «spöringiano») sigue pendiente de una catalogación exhaustiva. Mientras tanto, en este volumen hemos optado por agrupar cuatro relatos que nos parecían complementarios a la historia narrada en *Victus*, bien por su relación temática o cronológica.

En el primero, *Americanus*, descubrimos lo que ocurrió con Martí Zuviría inmediatamente después de la caída de Barcelona ese 11 de septiembre de 1714. A diferencia de los otros expatriados catalanes, el destino no le condujo a Viena sino en sentido contrario, a la América colonial inglesa. Allí se vería involucrado en la mal conocida «guerra Yama» (1715-1717), tal y como se la denomina en la actualidad. Gracias al relato zuviriano nos es dado conocer más detalles de un conflicto en el que los indígenas llegaron a conquistar la segunda ciudad de Carolina del Sur y no alcanzaron la victoria por muy poco.

Los otros tres relatos que complementan este volumen, más breves, hemos decidido incluirlos tanto por motivos narrativos como históricos.

En el segundo de ellos, *Hispaniensis*, hallamos a un Zuviría que regresa de América solo para caer en manos de su enemigo, el ingeniero Joris van Verboom (Amberes 1665 - Barcelona 1744). Sin embargo, es liberado por otro de sus enemigos, esta vez alguien con quien Zuviría mantuvo unas relaciones mucho más ambiguas: el mariscal Berwick, que expugnó Barcelona en 1714 y que le ofrece participar en la guerra que estalló entre Francia y España en 1719, a su lado y en calidad de ingeniero. *Hispaniensis* es de los pocos relatos dieciochescos en que se traza el perfil de Pere Joan Barceló, alias *Carrasclat*, el famoso guerrillero antiborbónico.

El tercer relato, *Magna parens*, cuenta de qué modo Zuviría vuelve momentáneamente a Barcelona para matar a Joris van Verboom, su enemigo jurado. Aunque teníamos noticia de que Verboom había muerto en la Barcelona de 1744, hasta ahora se suponía que su deceso había sido producto de causas naturales.

El cuarto relato, *Australis*, creemos que merece figurar en este volumen por otros motivos. No incluye ningún hecho ni personalidad relevante vinculada a la Barcelona del siglo XVIII, ni resuelve ninguna trama olvidada por Zuviría en relatos anteriores. Pero creemos que retrata muy bien a un personaje que, pese a sus múltiples correrías a lo largo de dicho siglo, acaba encarnando al eterno superviviente.

Y hasta aquí el contenido del actual volumen. Tal y como hemos indicado más arriba, el legado zuviriano incluye miles de páginas que rememoran casi todos los episodios más importantes de su tiempo. Consta, por ejemplo, la presencia de Zuviría en la corte de Federico II de Prusia, que en el relato solo se menciona de pasada, pero que en páginas que continúan inéditas es tratada de forma más exhaustiva, o la participación de un anciano Zuviría en la guerra revolucionaria de Estados Unidos, junto a George Washington.

Americanus

O relación de los primeros días de la ciudad de Barcelona tras el 11 de septiembre de 1714, cuando cayó bajo el dominio de Felipe V, rey francés, infame y loco, que destruyó las libertades catalanas, y donde también se narra cómo el ingeniero Martí Zuviría tuvo que huir de dicha ciudad, yendo a exiliarse a la Carolina americana, y cómo una vez en el Mundo Nuevo se vio involucrado en una guerra feroz entre indios y carolinos, trágicísimo conflicto desencadenado por él mismo, a causa de unas palabras que expelió yendo bebido, y que por muy poco concluye con el cuasi total y absoluto exterminio de la raza inglesa en dicha colonia Carolina.

Barcelona. Once de septiembre de 1714. El día que marcó mi vida para siempre. El general Villarreal ha dirigido la última, desesperada carga que intenta recuperar los baluartes en manos de franceses y españoles. Yo participé en ese contraataque, tendría que haber muerto en él. Mientras cargábamos, la metralla de un cañón me barrió la parte izquierda de la cara. Perdí esa mitad del rostro. Todo lo que quedó en su lugar fue un agujero sanguinolento. Salvé –¡oh, milagro de la Virgen de las Metrallas!– el ojo. Por lo demás, mi mejilla izquierda era un cráter, las muelas de esa parte de mi cara, arrancadas. La oreja, también. De cuajo. Dolió, ya lo creo que dolió. Recuerdo el fulgor de la boca del cañón, el bramido, el hierro ardiente que me arrancaba la carne. Pero ¿qué es un instante de suplicio comparado con décadas y décadas de congoja y desconsuelo? Han transcurrido más de setenta años y en todo ese inmenso caudal de tiempo no ha pasado un día, ni uno solo, sin que reviva ese 11 de septiembre de 1714. No duele tanto lo vivido como el recuerdo de lo vivido.

Me llevaron al Hospital de la Santa Creu, como a tantos combatientes heridos. Recuerdo que me hallaba tendido en un jergón, uno más entre los cientos que ocupaban aquel espacio doliente. Miraba fijamente el techo, aquel techo antiguo, altísimo, lleno de arcos. De mi media cara amputada solo puedo decir que era un paisaje tan devastado que, para no ofender ojos ajenos, las monjas me la cubrieron con vendas y, por encima, con una tela de saco.

Dícese que la derrota consiste en perder sables y pabellones, levantar brazos desnudos y rendirse. Quien eso afirma jamás ha experimentado la derrota. No, ojalá fuera eso. ¿La derrota? Yo diré qué es la derrota: un hundimiento tan radical que el vencido pierde los principios mismos que lo animaban. Entre esos millares de muertos estaban la mujer a la que había amado y el niño al que había adoptado como hijo. Miré la ciudad calcinada y un temblor interior me dijo: «¿Y si, después de todo, resistirnos al poder del enemigo, a sus bayonetas y cañones, fue una locura sin sentido? Entonces, ¿acaso no soy partícipe y culpable de sus muertes?».

La derrota es una araña que comprime nuestro corazón con ocho patas frías. Eso, eso es la derrota: cuando el enemigo consigue que dudemos de la verdad.

* * *

La pérdida de sangre y la infusión calmante me habían dejado débil y somnoliento. Me sentía como si flotase en mi jergón. Los gritos de dolor de los yacientes, de los soldados a quienes amputaban brazos

y piernas en las salas de operaciones, eran constantes como un fragor de cataratas. Pero no me importaba. Todo aquel dolor me era ajeno, como si sucediese muy lejos de mí. Incluso el recuerdo de Amelis y Anfán se había convertido en algo etéreo, intangible. Amo la belladona.

He dicho que me hirieron hacia el mediodía. Estuve vendado y sedado el resto del día 11 y buena parte de su noche. Faltaba poco para que amaneciese cuando me despertó una mano que me sacudía el hombro.

–Teniente coronel Zuviría, teniente coronel...

El culpable de mi despertar era un capitán. Me miraba desde arriba, respetuosamente, el tricornio bajo el brazo.

–Teniente coronel –prosiguió–, ¿puede moverse, puede andar? Tengo órdenes para usted.

En mi estado apenas si era capaz de diferenciar su voz de mis ensañaciones, de mis desvaríos.

–Permítame que le informe de cómo están las cosas –siguió el capitán–. Hemos enviado una delegación a los borbónicos para tratar la capitulación. No conceden prácticamente nada, exigen una rendición «a discreción».

Súbitamente volví en mí. Recordé mi estado, que me faltaba media cara. Me llevé una mano a las vendas que tapaban un rostro condenado a la monstruosidad para siempre.

–Señor –continuó el capitán–, el consistorio ha decidido enviar una segunda delegación a tratar capítulos con el mariscal Berwick. Es indispensable que se elimine de las cláusulas el requisito de «a discreción».

–¿Por qué me cuenta todo eso? –espeté, irritado con ese capitán que me arrebatava de los brazos consoladores de la belladona.

–Porque se ha decidido que usted sea el cuarto integrante de la delegación.

–Déjeme en paz –escupí–. Estoy herido, he perdido media cara y más sangre que Cristo en el calvario. Y yo no soy embajador, soy ingeniero.

–¡Teniente coronel! –perseveró el capitán–. Hoy todos hemos perdido algo o a alguien. Ahora tenemos que pensar en la ciudad. Insisto: ¿puede ponerse en pie?

–¡No pienso suplicarle nada a Jimmy! –grité–. ¡Y lárguese ya!

El capitán quizá no entendía que «Jimmy» era como yo llamaba al mariscal Berwick, pero se dio cuenta de lo taxativo de mi negativa. Sacudió tristemente la cabeza.

–Como prefiera –resopló–. Relacionaré que su estado le impide cumplir las órdenes.

Y se fue a grandes zancadas.

–Relacione usted lo que le venga en gana –dije con un hilo de voz–. Poco me importa lo que piensen de mí en la Generalitat...

Aunque ya se alejaba, el capitán me oyó y, sin detenerse, dijo:

–Las órdenes no provienen de la Generalitat, sino del general Villarroel, que herido en su domicilio ha exigido que usted sea el cuarto integrante de esa delegación. Voy a comunicarle que no puede usted cumplir sus disposiciones.

¿Villarroel? ¿Antonio de Villarroel? Di un grito de alto, tan estentóreo que la mitad de quienes yacían en los jergones dejaron de

quejarse para mirarme. El capitán se detuvo y se volvió, un poco alucinado por mi reacción.

—¿Piensa quedarse ahí, sin hacer nada? —le recriminé—. Estoy herido, al menos ayúdeme a ponerme en pie, *collons*.

* * *

Éramos cuatro los hombres que cruzábamos en silencio el espacio que separaba las líneas catalanas de las borbónicas, y al abandonar nuestras posiciones me sentí perdido.

Aún era noche cerrada y tuve la impresión de que el sol no saldría nunca, que el día siguiente, 12 de septiembre, jamás llegaría. El único movimiento que advertí allí, en la tierra de nadie, fue el de un perro cojo, famélico, al que las costillas se le marcaban como un fuelle. Tenía una pata delantera partida, inerte, y avanzaba a saltos, husmeando los cadáveres que encontraba a su paso. No pude apartar la vista de ese perro. Me pregunté lo que cualquier barcelonés por esos días: «¿Cómo se las habrá apañado para que en un año de asedio nadie se lo comiera?». La oscuridad, la pérdida de sangre y los restos de belladona en mi organismo hacían que me sintiera aturdido y desorientado. Veía el paisaje como si lo sobrevolara, como si yo estuviera muy por encima de mi cuerpo. Y, al mismo tiempo, recuerdo que los cascotes gruñían bajo nuestros pies. Las piedras aún humeaban, pese a la lluvia de los días anteriores. Avanzamos entre desechos de toda clase: armones, fajinas reventadas, objetos abandonados, ruinas, armas rotas o intactas, muertos, muchos muertos insepultos. Algunos conservaban el rostro intacto, di-